

CARTA DE UN PRINCIPIANTE

LA carta que nos ocupa la escribió un muchacho de veintiún años recién llegado a Madrid. El traslado de residencia, desde Valencia a la capital, acrecentó sus afanes: "Mis aficiones literarias surgían de nuevo después del desdén que por ellas había sentido durante la época en que había vivido un poco aplastado por el pesimismo." La veneración por su padre le impulsaba a buscar ayuda en las personas de las que le había oído hablar y, como en el escrito de que tratamos, con frecuencia se remitía a la condición de periodista de su progenitor como única ejecutoria. Por entonces había padecido la afrenta de ver cómo un artículo suyo era estrujado con encono y arrojado a la papelera por la mano de quien suponía amigo de su venerado padre. Había tenido que oír:



—Para eso vale más que no escriba usted. Y él mismo describe su estado de ánimo al abandonar el despacho de José Náckens, que así se llamaba el genio de turno: "Sali de allí con seriedad, pero, en el fondo, incomodado y bufando", y aún añadió sentenciosamente: "Que ahora me digan que mis libros son malos y que soy un tonto, un perturbado o un hombre vacío, no me molesta, y aunque sea verdad, no me importa. Pero en plena juventud una cosa así hace efecto." Pasado el tiempo le vino a mano la ocasión de pagar al desdenoso personaje con idéntica moneda: "Luego, al cabo de los años, encontré a Náckens, pero hice como si no lo conociera. Después me escribió, intentando halagarme, llamándome gran escritor, pero yo rompí la carta y no le contesté." Y aún añade: "Yo me creo un hombre como la mayoría, ni bueno ni malo; pero no trataría nunca así a un principiante. Si me pareciese lo suyo despreciable, esquivaría el dar mi opinión."

El escrito que hoy reproducimos cayó en manos bien diferentes. Por entonces dirigía "El Tiempo" Guillermo Rancés y Esteban, que, en la fecha en que la carta está firmada, tenía treinta y nueve años. Rancés era amigo entrañable de Francisco Silvela, y después de haber formado parte de la redacción de "La Epoca" y haber dirigido "La Monarquía", fundó "El Tiempo", que era el órgano silvelista. Los "rusos" de Silvela, con "El Tiempo" a su servicio, fueron los causantes, a la postre, de la caída de Cánovas. Guillermo Rancés fué, con Silvela, subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes; ocupó la vicepresidencia de la Asociación de la Prensa de Madrid y fué diputado a Cortes por Santa Cruz de Tenerife. De sus intervenciones en los debates hay "larga y picaresca". Baste como muestra su réplica a las protestas para que prosiguiera el discurso un diputado llamado Botijo, que lo había interrumpido para beber agua. Rancés exclamó airado:

—¡Cállense! ¿No ven que se está llenando?

Un periódico de la época, "El Gráfico", publicó una carta verdadera y sencilla. Guillermo Rancés fué de la manera más espontánea sin artificio de nin-

gún género, el primer "conversador" de España. Con la cuarta parte de sus frases, de sus ironías, rapidísimas y delicadas, habriase podido llevar veinte obras de poderosa fuerza cómica al teatro; con la paciencia necesaria para fijar sobre el papel el revoloteo de aquellas mil avispas de su ingenio, habria podido dar al de don Francisco de Quevedo una brillante continuación en nuestros días."

Y a las manos de Rancés fué a parar la carta del joven principiante, y algo vió en ella, porque puede leerse una palabra significativa: "guardar". Porque la guar-

dó podemos hoy disfrutar de la suprema lección que entraña su contenido. Deseamos que sea interpretado por cuantos quieren dar salida a los impulsos especialísimos de la creación literaria. A todos servirá para dar ánimo y esperanza. Dice así:

Sr. Director de "El Tiempo".

Muy Sr. mío: Hijo de un corresponsal en tiempo de la guerra carlista del antiguo "Tiempo", médico, y aficionado á escribir aunque sean gacetillas, me atrevo á dirigirla a V. esta carta, y á pedirle un sitio por pequeño que sea en la redacción de su periódico con estas condiciones: 1.ª escribir gratis. 2.ª tener de Pascuas a Ramos una entrada de teatro y 3.ª poder deslizar de vez en cuando un artículo científico.

De V. S. S. Q. B. S. M., Pio Baroja."

La sorpresa que nos causó el hallazgo de esta carta y la impresión que su lectura produjo en nuestro ánimo, esperamos que sean compartidas por cuantos la leyeren. A todos alcanza su mensaje de espontánea humildad.

José María BASANTA BARRO

